

SEPULCRO DE LOS REYES DE ARAGON.

Los sepulcros de los reyes son las que entre todos los monumentos fúnebres enseñan y recuerdan mas á la meditación. La lucha que en ellos parece se describe contra la ley general de la naturaleza; las tentativas de los hombres para defender y perpetuar sus acciones y dar un sitio privilegiado hasta en la muerte á aquel á quien han llamado su jefe; para ocultar entre la pompa su nada y adorar sus cenizas; aquellos desesperados esfuerzos son los mas elocuentes testimonios de su impotencia y miseria. En parte alguna sino á la vista de los sepulcros regios se recuerdan tan vivamente las palabras del eclesiástico: *Fanidad de vanidades y toda vanidad*, y el sublime apóstrofe de Masillon á los restos mortales de Luis XIV: *¡solo Dios es grande!* Pero no todos los sepulcros regios producen igualmente esta impresion profunda. *Saint-Denis*, *Westminster* y *el Escorial*, construidos entre otros edificios en medio del movimiento y ruido de la vida, nada ofrecen al acercarse á ellos que excite el sentimiento religioso y predisponga á la meditación, al paso que la abadia de Poblet, adonde yacen los reyes de Aragon, está situada de modo que hiere de lejos la vista y el ánimo, y prepara de

antemano á los que la visitan á las emociones que deben experimentar bajo de sus bóvedas.

Á la entrada del tan fértil como risueño valle de Cataluña llamado *Cóca* ó *Cóca de Barberá* á siete leguas de Tarragona, y á la sombra de enroscadas montañas eleva la *abadia de Poblet* su mole irregular y pintoresca. La doble cerca de sus altos muros coronados de almenas, le dá desde luego el aspecto de una fortaleza; mas conforme va uno aproximándose cambia de fisonomía, revistiéndose juntamente con cuanto la rodea de un carácter tranquilo y solene, bien pronto señala su destino una gran cruz de mármol negro, adornada de esculturas gólicas que se describe entre el ramaje de un frondoso bosque. Las estatuas de san Bernardo, monje de la misma abadia y de sus hermanas María y Gracia martirizadas por los moros; y tres árcates en que está grabada su historia, fijan la vista no bien se entra en el primer recinto que comprende 2250 pies. Un tránsito sombrío, estrecho y decorado con el escudo de Aragon, conduce al segundo recinto, en el que antes de penetrar tienen que dejar las armas los concurrentes; los mayores monarcas y mas valientes caballeros se han suje-

tado en todos tiempos á esta costumbre, entregando su espada al guardia de la puerta. Reina el silencio mas profundo y la mas completa soledad bajo los árboles plantados en aquel segundo recinto. Solo á veces se pasea por él con lento paso, algun monje vestido de una túnica blanca y cubierta la cabeza con una capucha; y otras resuena el sonido de las campanas, ó se percibe el confuso murmullo de los cantos eclesiásticos. Una fuente, cuyas aguas dormitan bajo una cúpula gótica, y la arquitectura austera y uniforme de las naves del claustro aumentan la melancólica quietud de aquel sitio. El claustro da á la iglesia, que figura una cruz por la disposición de sus tres naves, de las que la mas elevada tiene 92 pies de altura. En un espacio, construido entre la nave mayor y el coro enmaderado de piezas negras y blancas, están en fila por cada lado los sepulcros de los reyes de Aragón. Arden allí día y noche lámparas funerarias y círios, y oran perpetuamente sacerdotes que velan sobre los régios despojos.

El conjunto del panteon descansa sobre un basamento de mármol blanco, adornado en sus lados de labores, escudos y armas, y encima una galería, cuyas columnas presentan en sus intervalos, nichos con relieves de varones piadosos: sobre este pedestal se ven tendidas las estatuas de los reyes; y sus triunfos, acciones memorables y pompa de sus funerales estan esculpidas sobre su losa sepulcral: á su lado reposan las estatuas de sus esposas. La bóveda del panteon la cierra un techo de madera adornado de pinturas, doraduras y ligeras labores, y el cielo de esta especie de dosel, pintado de azul y sembrado de estrellas de oro, está dispuesto en arcos, por cada uno de los cuales se descubre un sepulcro.

Seis reyes de Aragón son los que presenta aquel monumento. Por un lado está Alfonso II, que reinó á fines del siglo duodécimo, y que traspassando los Pirineos, reunió á su corona la Provenza, el Bear y el Rosellon, y dominó en el mediodía de la Francia; Juan I, de quien no ha conservado la historia mas que el nombre, y Juan II, no tan solo famoso porque fue padre y fundador de la monarquía española de Fernando el Católico, sino por su ambicion, actividad y valor, y porque sus vasallos fueron á imponer tributo al dueño de Constantinopla, y ciñó sus sienes octogenarias con las coronas de Valencia, Navarra, Sicilia y Cerdeña: su esposa Juana Henríquez, la famosa *atmirante de Castilla* está sepultada con él. Al otro lado está D. Jaime, cuyo sobrenombre de *Conquistador* manifiesta suficientemente su belicosa y triunfante carrera. Despues de haber sossegado este monarca de Aragón á principios del siglo XIII las discordias civiles, quitó á los moros á Mallorca y Menorca, se apoderó del reino de Valencia, y obtuvo la gloria mayor todavía, de rehusar la corona de Navarra y colocarla en la frente del legítimo propietario. Siguese en el siglo XIV Pedro IV *el ceremonioso*, que se atariscó á sí mismo y á su reino, con intrigas y guerras civiles y extranjeras; que echó mano de las coronas de Castilla, Sicilia y Cerdeña, al tiempo mismo que reclamaba Atenas conquistada por uno de sus abuelos, y que mas político que religioso, se unió ó se separaba de los moros, segun los cálculos de su interés y ambicion. El tercero en fin, es Fernando I, hijo de un rey de Castilla, que fué proclamado monarca de Aragón; no en virtud de su derecho hereditario, sino por la eleccion de los estados del reino, cuando se extinguió con Martin I el linaje de los condes de Barcelona, reyes de Aragón. No todos los príncipes que gobernaron gloriosamente el reino de Aragón desde los principios del siglo XII en que se fundó, hasta fines del XV en que se hizo una provincia de la monarquía española, se hallan en este panteon privilegiado: echándose de menos en él principalmente á Alonso I, á quien victoriosas victorias adquirieron el

dictado de Batallador, y que fué el primero que riódió á Zaragoza cristiana.

Bajo los seis monarcas citados yacen sepultados muchos infantes, princesas, príncipes y nobles que forman como su brillante comitiva. El basamento, construido en bóvedas encierra una línea interior de sepulcros, que por ser de madera y haber estado en otro tiempo expuestos al público, llegaron á maltratarse. Un duque de Segorve y de Cardana, para resguardar á sus mayores de toda injuria y poner al mismo tiempo una base suntuosa al monumento fúnebre de sus soberanos, empleó en 1660 una parte de sus inmensas riquezas en revestir de mármoles la bóveda del basamento, á la que se entra actualmente por hermosas puertas de bronce. Son tambien dignos de atencion en aquel asilo de ilustres muertos otros dos sepulcros arriados á las pilastras que sostienen el monumento. Uno, sobre el cual hay una estatua con corona y cetro, y arrodillada sobre un almohadon, encierra los despojos del mayor monarca de Aragón, Alonso V (en el siglo XV), á quien sus régias virtudes le hicieron querido y admirado de sus pueblos; el otro es el sepulcro del infante Enrique de Aragón, hijo de Fernando I y gran maestro de la órden de Santiago.

El fundador del *Monasterio de Poblet* fue Raimundo Berenguer, conde de Barcelona, y los reyes de Aragón, y especialmente Alonso II y Fernando I le engrandecieron y embellecieron sucesivamente. Deben citarse tambien los duques de Segorve y de Cardana entre aquellos á quienes debe su magnificencia un monumento que con razon puede llamarse el Escorial de Aragón. Dos sucesos milagrosos, cuya relacion conservan cuidadosamente los monjes en sus archivos, remontan el origen de la abadía, comunicándole cierto carácter maravilloso.

«Un hombre piadoso llamado Poblet, natural de Ulles, en la diócesis de Tarragona, deseoso de retirarse del mundo y hacer penitencia en un desierto, se construyó una humilde ermita en un sitio llamado Landeta, donde pasó su vida entregado á la oracion y austeridad, en tiempo en que los moros perseguian á los cristianos. Habiendo el rey Almanonnis encontrado á Poblet en una de sus escursiones, mandó llevarle de cadenas y ponerle en un calabozo; pero éste se encontró desocupado á la mañana siguiente, pues libertado Poblet por auxilio divino, se habia restituido á su ermita. Volvieron á cojerle los moros, mas aunque redoblaron la vigilancia, se les evadió el preso por segunda vez. Repitióse á la tercera vez en que le apresaron el mismo prodigio, y asombrado Almanonnis, no solo desistió de perseguirle, sino que le dió todo el territorio de Landeta. Los reyes moros, y despues los reyes cristianos confirmaron la donacion que atestiguan un documento árabe que se conserva en la biblioteca de la abadía. No hizo menos ruido este suceso entre los cristianos que entre los infieles, y muchos españoles fueron á reunirse á un hombre, en quien brillaba tan manifiestamente la proteccion divina. Se construyeron nuevas celdas al lado de la del anacoreta, que en memoria de su libertad habia consagrado una capilla al Salvador.» El otro milagro que refieren los monjes es el siguiente: «Los discípulos de Poblet vieron en diferentes sábados que á las primeras horas de la noche brillaban muchas luces como si estuvieran suspendidas en el ambiente, iluminando un bosque de álamos plantado en el camino de Landeta. Divulgóse el rumor de este suceso en todo el país, y el conde de Barcelona, D. Berenguer VI, fundó en 1149 una abadía del órden del Cister bajo la advocacion de la Virgen, en el mismo sitio en que se dejaron ver las luces, y los escombros de un antiguo monasterio situado en la inmediacion sirvieron de materiales para el nuevo edificio.»

Recomendada así la abadía de Poblet á la piedad pública, adquirió en poco tiempo la general veneracion, y

llegó á ser, mediante cuantiosas donaciones, una de las mas opulentas comunidades de España, contándose todavía entre sus posesiones siete baronías. Los monjes enseñan las actas de donación de los monarcas cristianos, y aun de los moros, á quienes el miedo hacia generosos, las bulas de los Papas en favor del monasterio y los regalos de los grandes personajes, y la lista de cuantos han visitado la abadía y tenido el honor de que se aienten sus nombres en la matrícula de Poblet.

COMIDA TURCA.

En todas las mesas turcas de alguna conveniencia se ponen tres mesas distintas; á saber: la del jefe de familia que come regularmente solo; la de los hijos que por respeto al padre no comen con él; y la de la mujer que vive aislada en su habitación. Cuando hay muchas mujeres cada una de ellas tiene su mesa particular, y todas estas mesas no pueden admitir mas de cinco á cinco personas.

El turco divide su manutención en dos comidas, y el que es rico añade un ligero desayuno por la mañana. Como todos acostumbrañ levantarse con la aurora, el rico, muellemente recostado en el ángulo de un sofá, despues de su corta *namaz* ó oración da una palmada para llamar al esclavo que le lleva la pipa. Se saborea echando largas fumadas del tabaco mezclado con partículas de alóe, y permanece sin hablar palabra sumergido en un ocio completo, del que sale para tomar una ligera infusión de café de Moka, que toma aspirando suavemente en el borde de la taza. Sus piernas cruzadas, sobre las cuales está sentado, se niegan casi á prestarle su ayuda, y tiene que recurrir á los brazos de sus esclavos para levantarse. El turco opulento dice como el asiático su vecino: «No hacer nada es una cosa muy mala; pero morir para descansar es el colmo de la felicidad».

De este modo pasa toda la mañana, ó recostado maquinalmente su *teherpi*, que es una especie de cojín. Hacia la hora del mediodía se presenta la comida, en la que reina la mayor sencillez, no viéndose ni mantel, ni tenedores, ni platos, ni cuchillos. Un salero, cucharas de madera, *caucha* ó cobre y una gran servilleta que da la vuelta de la mesa constituyen todo el aparato de esta.

Se reparte el pan por bocados, y se sirven cinco ó seis platos de ensalada de aceitunas, corimbones, ajón, vejetales cortados en vinagre y almíbar. Despues presentan las salsas y diversos guisados, terminándose la comida con el *pilaw* ó arroz. En ningún caso se ponen postres. Los diferentes condimentos sirven allí de platos, y cada uno toma cuanto quiere mientras está á la mesa. Quince minutos les sobran para hartarse, porque el comer es un trabajo para el indolente, que lo hace al perezoso cediendo á la necesidad mas bien que buscando el placer.

Las bebidas, de las que no se echa mano sino despues de haber comido, son el agua y el *schebet* que se ofrece á la redonda en un vaso de cristal para todos los convidados; el vino, prohibido en la apariencia, no se bebe mas que en las tabernas. No deja de hacerse mención en la historia turca de varios sultanes que dieron público ejemplo de tal violación del Alcorán; pero los decretos severos posteriores de Amurates IV y de sus sucesores han hecho que á lo menos se salven las apariencias. Solo los derviches ó moriges, los soldados y marineros y el populacho son los que dan el escándalo de embriagarse.

Despues de comer pasa el turco su tiempo en un *café* bien ventilado. El que vive en las orillas del Bósforo gusta de recrearse mirando los agradables puntos

de vista del Asia, en donde descansan sus antepasados. Contempla aquella tierra, como la que debe servir un día de asilo á los musulmanes cuando una nación de blancos los hayan espelido de Europa. Se embriaga con perfumes y con los vapores de la pipa, y se refresca con el *schebet* aromatizado de almíbar que sus esclavos le sirven. Retirándose despues de toda sociedad, llama á sus mujeres y sin perder lo mas mínimo de su gravedad, les manda que bailen en su presencia.

La cena se sirve al ponerse el sol, compuesta con mas cuidado que la comida, pero que no es menos corta. La pipa concluye el día, siempre igual al anterior y al siguiente; sin que se traspase tal monotonia ni se permitan aquellos accesos que por su novedad constituyen el placer de la vida.

JARDINES CHINOS.

Cuando se habla en Europa de jardines, se suelen imaginar unos espacios mas ó menos ostentosos, en los que el arte y la aplicación han conseguido presentar imitaciones perfectas de las obras mas admirables de la naturaleza; ó por mejor decir, donde la industria del hombre ha llegado á reunir cuanto la naturaleza ha repartido en diferentes regiones. Figurámonos por una parte verdes praderías, orleadas de ramilletes de árboles, por entre cuyas ramas se dilata la vista, y mas allá otros, cuyas copas se inclinan sobrecargadas de su fruto. Supónese despues un arroyuelo enebreado por entre la grama y á la sombra de las arboledas, en donde se encuentran reunidas las producciones de todos los países: el naranja de Oriente, el melocoton de Arabia, la vid de España y el olivo de Italia; con la encina, la acacia, el pino, el plátano y el nogal que entrelazan sus frondosos ramos. No se olvidan ni formase estalidas las legumbres mas modestas y útiles, conquistas pocas que se han hecho en todos los países, y que se multiplican por medio de ingeniosas precauciones bajo un mismo clima, atestigüando de este modo la maravillosa industria de los hombres. Calles dilatadas, libres de todo obstáculo, y sembradas de arena finisima y escogida ingen suave su tránsito: árboles espesamente plantados protegen con su sombra al que se pasea, y diferentes serenas conducen á cada uno de los cuadros de alegumbres y flores de flores, en fin, la palabra jardín nos evoca la imagen de un conjunto, en que se ha calculado tanto para el recreo y la utilidad.

No sucede esto con los jardines chinos. No hay que buscar en ellos prados ni bosquecillos, ni selvas espesas y umbras, ni un horizonte diestramente dispuesto, ni huertos de perfumados frutos, ni senderos enarenados. No se ve en todos ellos mas que un monton de cuadros pequeños, separados con tapias muy bajas de ladrillos, sobre las cuales estan colocados tjestos de porcelanas de todas hechuras, y llenos de flores y arbustos. Para pasar de un cuadro á otro hay senderos, pero no tan largos ni lisos que proporcionen el placer de pasearse; y aun pudiera decirse que el buen gusto del pais consiste en hacer el paseo imposible, porque á cada paso se encuentran cabildades, hoyos y matosales espesamente plantados de manera que dedicándolos los europeos á imitar lo bello de la naturaleza, los chinos procuran copiarla en todo lo raro y grotesco.

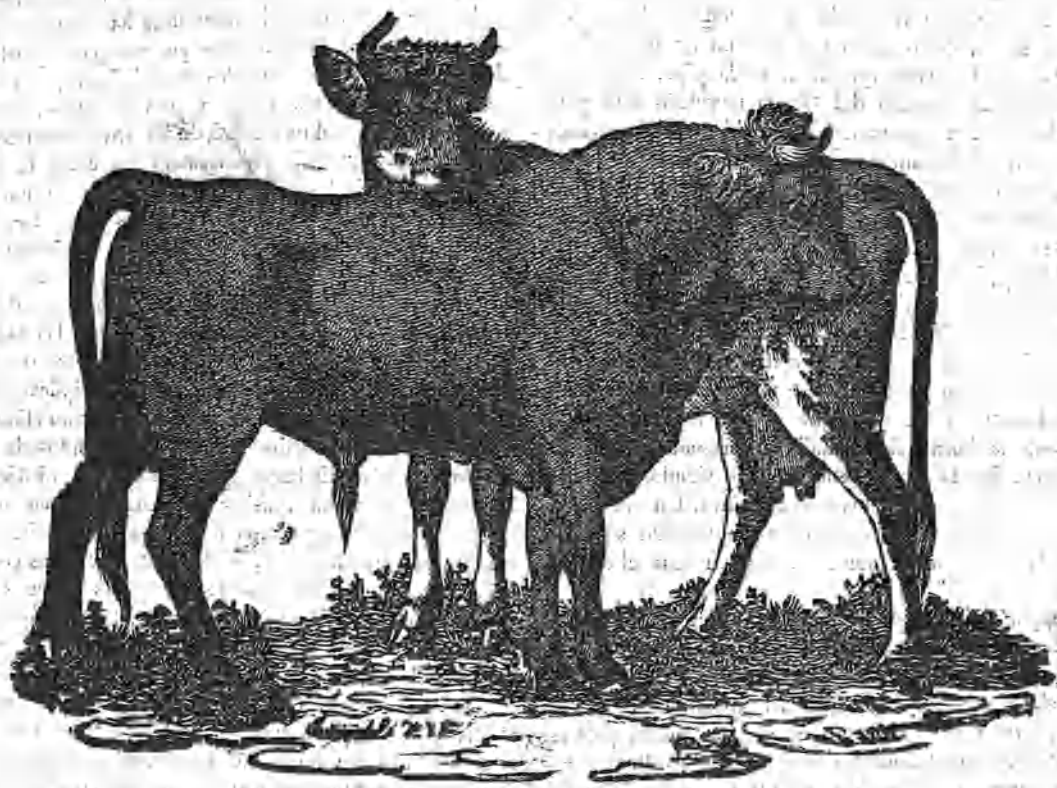
No hay jardín alguno chino sin agua; pero es una agua muerta que se espesa y toma el color verdusco de las plantas acuáticas que contiene. Las rocas son en ellas requisito indispensable, pero son tan pequeñas y mezquinamente agrupadas, que hacen á la vista un efecto de los mas ridiculos, y que no hicieran ni las invenciones de niños que jugasen formándolas. Mas si los jardines están

mal concebidos y ejecutados, lo compensa lo adornado de las escaleras, ventanas y aposentos, en donde se prodigan los enormes vasos de porcelana, llenos de flores, no en ramilletes que se marchitan, sino en plantas y arbustos que se abren y renuevan. Para este fin se destinan los vasos que nos vienen de la China, y que conservamos como meras curiosidades.

Pero el gusto mas raro en China, y que parece inconcebible en Europa, es el que los aficionados al cultivo constituyen un mérito, no en obtener especies hermosas, y dar á la naturaleza todo su despliegue; sino en disminuirla sin cesar, y obligarla á que produzca objetos enanos. Pasa allí por gran destreza el sacar muestras de fosques, formadas de arbolitos, y un viajero inglés se explica sobre esto del modo siguiente: «Para lograr árboles enanos, dicen, plantan los jardineros chinos vástagos de árboles jóvenes en tastos de porcelana redondos ó cuadrados, de doce ó catorce pies de largo, sobre ocho de ancho, y casi cinco de profundidad. El árbol plantado de esta manera no puede crecer mas de un pie ó quince pulgadas: no le riegan sino lo precisamente necesario para que viva, y como está encerrado en su tasto, no puede realizarse todo su natural despliegue, y

se toman precauciones para impedir que se entienda. Cortan cuidadosamente los botoncitos de los brotes y la mitad de las hojas nuevas, y contornean con un alambre aquellos tallos y ramas á las que permiten alguna dilatación; de este modo la corteza produce protuberancias, hendiduras y asperezas. Tal vez les quiebran una rama para que cuelgue como por acaso, mientras mutilan otra, para que represente un tronco seco, y no se perdona en una palabra medio imaginable para estorvar que la planta crezca. Con este método consiguen al cabo bosques en miniatura, y desmedradas é informes proporciones presentan todos los rasgos de una extrema vejez.»

El cuidado de los chinos en destruir la obra de la naturaleza en lo tocante á los árboles, le ponen á la inversa en lo respectivo á las flores. Hacen cuantos esfuerzos son dables para obtener muchas variedades de ellas, y no hay país, aun inclusa Holanda, en donde el amor á las flores sea tan general. Tienen que hacer todavía muchos progresos; pero puede dudarse que los continúen por mucho tiempo, porque no es la China un país de innovaciones.



EL BUEY Y LA VACA.

El buey y la vaca ocupan un importante lugar entre las producciones hermosas de la naturaleza, no habiendo en ellos cosas que no llamen la atención del observador. Llenos de valor y de osadía, armados con dos páas terribles, á las que no puede resistir la madera mas dura, dotados de tan gran fuerza, que con sola una cabezada levantan y arrojan á gran trecho animales muy pesados, áites é impetuosos en la carrera, retienen todas las cualidades de los animales carniceros, y en medio de todo este aparato de fuerza y de ataque, no le han recibido nada que para su defensa; porque no se mantienen sino de yerbas, hojas y frutos.

El hombre ha sabido apoderarse de estos animales,

siendo esta conquista, sino tan brillante, mas útil indudablemente que la del caballo. Es verdad que el buey no sería tan á propósito para largas y rápidas carreras, no obedecería como lo hace el caballo, ni admitiría sobre sí á un jinete; no se arrojaría con él en medio de la confusión y peligros de un combate; pero en falta de esto se presta á las mas penosas trabajos, consistente en hacer esfuerzos prodijiosos, y constituye el solo el principal alimento del hombre, y ha llegado á ser un constitutivo de su existencia como la vid y el trigo.

El buey se ha reproducido y acostumbrado al estado domestico de modo que ha ido perdiendo poco á poco, ó modificando cuando menos sus hábitos feroces, median-

do en el día tal diferencia entre el buey salvaje y el doméstico que pueden reputarse por dos especies diferentes. En este artículo nos contraemos al segundo, proponiéndonos examinar por separado al buey en su estado selvático habitando en los bosques del Norte ó en los llanos inmensos de los climas templados.

La costumbre de reunir á estas bestias en manadas, de cebarlas en pastos para comer su carne, y de cuidar á las vacas para aprovecharse de su leche, bebida tan sana y abundante que pueblos enteros no han usado de otra, es tan antigua que se pierde en la noche de los tiempos. Se ve por la Sagrada Escritura que los primeros patriarcas no fueron sino ricos propietarios de ganados, que poseían infinitas manadas y rebaños de camellos, bueyes y cabras. En el antiguo Egipto, se adoraba á un buey, y los monumentos mas antiguos de la India atestiguan que en la antigua cecencia de aquellos pueblos era la vaca un objeto de adoracion.

En nuestros días se emplea al buey como animal de carga, y se cuida de su reproduccion como se cuida de un terreno que reporta un alimento indispensable, y se le mata en número fijo, así como se poda determinado número de árboles en una selva. En cuanto á las vacas, se las cuida con igual fin que el que se tiene en el cultivo de los árboles cuyos frutos quieren conservarse, porque su leche se transforma en quesos de todas clases, gustos y colores, que se conservan por muchos años y se envían de un extremo al otro del mundo. Conviene pues examinar el partido que se hace del buey para la agricultura, los cuidados que exige para proporcionarnos un buen alimento, y las precauciones indispensables para que las vacas utilicen.

Cuando se reflexiona en el gran número de bueyes que se consumen en el mundo, no se estraña que se hayan buscado todos los medios mas á propósito para la cria y multiplicacion de sus mejores razas. Hay con efecto señas generales que las caracterizan: deben tener el cuerpo grande, la frente ancha, el ojo negro y vivo, el mirar fijo, la cabeza corta, la cerviz gruesa y carnosa, la espalda y pechos anchos, los hijares firmes, el espinazo recto, las orejas peludas, la pezuña corta y de un azulado algo amavillento, y el pelo lustroso, suave y espeso.

Un ternero recién nacido de esta especie puede pesar sesenta libras. Si se le destina para alimento, se le deja que mame un mes ó seis semanas, y entonces son muy estimados, no porque estén todavía gordos, sino por lo delicado de su carne. Hay tambien terneros á quienes espesamente se ceba, y á este fin se les separa de su madre apenas nacen, y se les hace tomar leche, cuya consistencia se va aumentando gradualmente. Si no quieren beberla por sí mismos, se les abre la boca y se les vierte en ella la leche, que tienen así que tragar por fuerza. Este medio no puede salir siempre bien, y muchas veces hay que volverlos á su madre. A los tres meses se les envía al mercado.

Los que han de criarse se eligen de los que han nacido en los meses de abril, mayo y junio, porque tienen suficiente tiempo de adquirir las fuerzas necesarias para resistir al rigor del invierno. Se les desteta mezclando poco á poco la leche con agua, pero teniendo cuidado de hacerla mas nutritiva echándole harina de trigo. A los tres ó cuatro meses pueden ya seguir á sus madres en los campos y pacer como ellas.

No hay quien no sepa que desde que se separa al ternero de su madre se tiene cuidado de ordenar á la vaca por mañana y tarde. La leche es un gran producto que dura hasta que la vaca se prepara á parir, y entonces la venta de la ternera compensa superabundantemente todo el tiempo en que la vaca no ha surtido de leche. Hay países cuya riqueza no consiste mas que en esta sola industria, y regiones muy nombradas por el gran comercio de quesos que elaboran. Pudiera componerse un

volúmen de los nombres de todas las clases que hay de quesos.

Si se crían las terneras para la multiplicacion de la pasta y para que den leche; se enseña á los bueyes á los trabajos de la agricultura cuando están en todo el vigor de su fuerza juvenil, y en llegando á tener dieziocho años se les hace descansar y se los engorda para el matadero.

Es necesaria mucha paciencia para adestrar á los novillos á la labor; se les acostumbra primero desde lejos á que se dejen manejar y atar las astas, se les pasa la mano por el espinazo, y se les levantan los pies; siendo necesarias todas estas precauciones para que en adelante, cuando se trata de uncirlos, no se espanten de los preparativos. Los primeros días no se hace mas que ponerles el yugo, sin hacerles conducir cosa alguna: poco á poco se les va acostumbrando al ruido que debe hacer el arado, y por último se les ensaya con él. Suele suceder que con su natural impetuosidad hacen grandes esfuerzos para hacerlo todo pedazos, y en este caso se les hace ayudar hasta que estén mas dóciles. Este modo de reducirlos, siempre eficaz, es mucho mejor que el maltrato, que no suele tener otro resultado que el de irritarlos mas.

Aunque esté acostumbrado al yugo, nunca el buey se resigna enteramente á él como el caballo, y tiene momentos de ostinacion é impaciencia, peligrosos por su fuerza. Debe cuidarse de no exasperarle con el castigo, ni exigirle mas de lo que está en conformidad con sus hábitos, siendo su andar lento, no se le ha de aguijonear para que alijere el paso; y como se resiente tanto de las moscas, se deben buscar todos los medios de preservarle de ellas. Algunos les ponen unas ramas sobre la cerviz, y otros se la frotan con agua mezclada con algun ácido. El mejor de todos es el de cubrirlos con un gran lienzo, y procurar resguardarlos de las moscas las orejas y los ojos.

Este animal tan robusto como formidable es muy delicado, y necesita continuas cuidados. Le perjudican los calores excesivos; y aunque tolera mejor los frios rigurosos, es preciso resguardarle de las grandes corrientes de aire, sobre todo cuando suda, porque tiene suma predisposicion á las inflamaciones de pecho y enfermedades pútridas. Se le debe alimentar bien cuando trabaja; pero se le modera el alimento cuando está en el establo durante el invierno.

En llegando á los siete ó ocho años se hace pesado; entonces se le separa del arado y se le ceba para el consumo, lo que se consigue en pocos meses. Es vario el modo de engordarlos segun los países. En Normandía no hacen sino dejarlos día y noche en buenos pastos, siendo un arte particular el de conocer los yerbales convenientes á cada uno. Cuando estos animales llegan de largas distancias quedan tan cansados que permanecen por muchos días sin atreverse á mudar de pastura, á no ser que el hambre les apriete mucho. Debe entonces ponerse en un yerbazal de mediana calidad, é irles dando gradualmente un pasto mas sustancioso. Cuando no hay fuente en el cercado, se construye una pila, porque estos animales necesitan beber tres veces al día.

En otras partes engordan á los bueyes en establos dándoles heno, coles, nabos, centeno, avena, bellota y castaña, procurando el mejor arreglo y variedad en su comida. Cada vez que les dan de comer es en corta cantidad, y dejando pasar algun tiempo entre comida y comida, para que el animal la rume toda comodamente. Se ha calculado que para cebar de esta manera un par de bueyes es preciso el producto de tres yugadas de tierra.

La industria ha puesto en contribucion al buey por todos estilos. Sus astas sirven de muchos artefactos: su cuerpo es un artículo de primera clase en el comercio; su sangre entra en la composicion del azul de Prusia; sus

huesos frescos sirven para la composición de gelatinas, y secos para la de un negro, del que se hace mucho uso en el refinamiento del azúcar; su grasa sirve para el alumbrado reducido á sebo; y por último su carne, que se sala y se acecina, puede conservarse muchos años, y es el recurso de los largos viajes y de las plazas sitiadas.

LETRILLA. (*)

A una Señora.

Sin llevar cabeza rasa,

Sin cubrieme penitente

burdo paño,

Considerame, Tomasa,

Desde el talón á la frente,

ermitano.

En la Tebaida no lloro,

Ni me acaba del desierto

el fastidio;

Pero en cambio triste moro

para mundo y carne muerto,

en presidio.

Ya, si fueran mis pecados,

Contra el quinto pelear,

cosa clara:

Con anzuelos aguzados

Y rastillos de cardar

me sajará;

Si no es verdad, ni en Sevilla

Misjen, Hipócrates orla

Oh destino!

Por qué me dan en Melilla

Por tibi aunque la bolla

de asesino?

Conjugar me en este puerto

Con quien es tundido al raso,

¿digo, fue!

A mi que jamás el sexto

Ni cuarto, ni quinto caso

decliné.

Es, vicio original...

Es la gaita que me atruena

de mil modos.

Y replico: ¿por qué igual

No se reparte la pena

entre todos?

¿Quién á la cética altura

Justa quisiere encaunbrarse

pene, pene

Y repongo: ¿por ventura

A mi prójimo salvarse,

no conviene?

Yo se, Tomasa del alma,

Lo que me tiene mas cuenta

sin ser cuento:

Largo vivir, santa calma,

Libertad, amigos, renta...

y no mientos.

Esta vocacion me sigue
Desde que soy: yo la aceto
con amor.

Esta pido que me ligue
Por no frustrar el decreto
del Señor.

Pero no ser un esclavo,
Llevar la vida de perros

¿Ay que dote!
Temer que un bárbaro cabo
Me regale, con encierros

y garrote!
No hay aguante, no hay espera
Mi compañero diria

de chiscon.
Y si mi talante viera...!
Sigo, diciendo María,

mi sermón.
Es mi vientre que batalla
En los últimos combates

sepultura
De arroz, garbanzos, metralla
Judías, carajilates, (**)

onda pura.
Eremiticos varones!
Aqui no sirven ramales

ni cilicios.
¿A qué mortificaciones
Pues sin carnes no hay carnales

estropicios?
Si, Gerónimo, te ballaras
De semejantes Melillas

en los brazos,
A fe mia que escusaras
Des hacerte las terrillas

á peñazos,
Que los demonios intenten
Con bellezas cantivarne

y embelezos
¿Habrá por donde me tienten,
Si ya no es dado tentarme

sino huesos?
No me topó si me busco;
Si me llamo no es humana

la voz mia;
A la luz no me chamuseo;
Es decir que soy liviana

fantasía.
A las playas españolas
Volaré como Perséo

por atajos
Sin temer las bravas olas,
Ni el colmilludo volteo

de marrajos.
Presentaréme en tu casa...
La voz de Sanchez me nombra

clamarás.
El lente... en vano, Tomasa,
Qué con tu lente mi sombra

no verás.
Si tan indómita suerte
Brazo hercúleo no derrumba,

ni amor le humilla
Al primer levante fuerte
Cata tu amigo en la trampa

de Melilla.

LA VINA.

Entre todas las producciones vegetales es la vinya una de las que el hombre ha sacado mayor partido, así para sus necesidades como para sus placeres. Se ha aprovechado de la flexibilidad de sus tallos para proporcionar sombras frescas y formar entapizados maravillosos, haciéndolos trepar por las paredes, las fachadas, y hasta las cúpulas de los edificios: así es, que repartidas las anchas, y fuertes hojas de tan útil arbusto, presenta un asilo contra los rayos del sol y los ataques de las nevias. Sus abundantes y perfumados frutos le ofrecen un so-

(*) Así se llaman los frejoles en Cataluña.

(*) D. Francisco Sanchez Barbero, autor de la presente letrilla, célebre poeta; apellidado entre los Arcades de Roma Florulo Corinto, nació en agosto de 1764 en el lugar de Marínigo, provincia de Salamanca.

Después de concluir sus estudios en aquella célebre universidad, vino á Madrid, donde muy luego se dió á conocer por su gran talento y extraordinaria facilidad para las poesías española y latina. Los periódicos de aquella época están llenos de estas composiciones que merecieron á su autor el aplauso y amistad de los primeros ingenios españoles. Compuso además unas *Elementos de Retórica y Poética* con justa razón estimados.

Las circunstancias, adegas de la invasión de los franceses envolvieron á Sanchez en términos de verse preso y arrebatado á Pamplona por los enemigos. Pero fugado de esta plaza y habiendo logrado pasar á Cádiz, siguió sus tareas literarias en el *Cancion* y otros periódicos de aquella época, siendo nombrado posteriormente censor de teatros y bibliotecario de S. Isidro de Madrid. A la vuelta del Rey fue encausado y preso, y después de diez y nueve meses de cárcel fue conducido á Melilla en 18 de diciembre de 1813.

Aquí fue donde dejó correr el vuelo de su vena poética en multitud de composiciones de todos géneros que formarian algunos volúmenes, pero que sus pernamienos (medidas, solo en lengua latina escribió ciento veinte y tres); en las más de las cuales suele rivalizar con los Ovidios, Catulos y Propertios.

Por último, no pudiendo hacerse superior al todo y los trabajos de aquella vida, falleció en octubre de 1819, verificando de este modo la profecía que en un bello distico latino hizo al entrar en el presidio:

Hic ego sum clams. Pro te tibi natas oportet.

Oh patria! peram! Victimá casta cadam.

cado delicioso y grandes recursos. Ya gusta de ellos en todo su brillo y frescura: ya los saborea bien conservados y cuando los demás frutos han desaparecido. La naturaleza le ha enseñado por sí misma el secreto de secarlos para el invierno, y en este estado son un alimento muy sano; aun para los enfermos. Es en fin la uva el dulce fruto de que ha podido llegarse á sacar la multitud de vinos tan nombrados que han llegado á ser para el hombre segun su uso, un beneficio y un daño, una ventaja y un perjuicio.

El cultivo de la viña y el arte de hacer el vino con el fruto de ella es inmemorial. Se encuentran vestigios en los antiguos monumentos, y se habla de ello en los libros de mas remota antigüedad. Todos han leído en la Biblia que inmediatamente del diluvio plantó Noe una viña, y fue el primero que experimentó los perjudiciales efectos del jugo de su fruto. Los griegos la apreciaron tanto, que en el entusiasmo de su admiracion erigieron aras al Dios del vino, y los romanos imitaron su ejemplo; Baco tuvo templos y sacerdotes, y aunque no tenga en el dia santuarios ni adoradores, no por eso carece de devotos. Sin embargo, la viña no habia progresado mucho en Italia en tiempo de la fundacion de Roma, pues dice Plinio que si reinante Rómulo y Numa se hacían las libaciones en honor de los dioses con leche, era por ser todavia el vino raro. Homero y Virgilio, los dos mayores poetas de Grecia y de Roma, dedicaron versos en elogio de la viña, y César fue el primer príncipe que por un exceso de lujo, desconocido hasta entonces, mandó que se sirviesen en un festin vinos de diversas clases. En el dia hace esto el menos opulento ciudadano, superando á aquel poderoso dictador.

De la Italia es de quien la Francia ó las antiguas Gaulas, cubiertas entonces de bosques y lagunas, recibieron la viña y el olivo; y por esto Plinio, á quien no puede menos de citarse siempre que se trate de historia natural de aquella época, afirma que si los gauleses verificaron una irrupcion que puso en guizado á Roma, fue atraídos por el deseo de apoderarse de dos cosas tan preciosas como el vino y el aceite. No tardó en propagarse en todas las Gaulas el cultivo de la viña, y se vió á los reyes, potentados y príncipes de la Iglesia fomentarle con todo su poder. Se hizo casi un deber sagrado el plantar viñas en todas partes; se plantaban cepas como se siembra el trigo, y se veían viñedos hasta en los palacios de los soberanos.

La viña es un arbusto débil que necesita de apoyo; y como la naturaleza no ha querido que rastreando por tierra, degradasen sus racimos el barro ó la arena, la ha provisto de todo lo necesario para asegurarse á los objetos que encuentra al paso. Su tallo, capaz de acomodarse á todas las posiciones y moverse en todas direcciones, tubercula como una serpiente y conserva el pliegue que una vez ha tomado, donde se fija una vez, y que conforme va engruesándose estrecha con mas vigor al árbol que ha abrazado. Sus filamentos ó pámpanos en espiral, que pudiera suponerse dotados de cierto sentimiento espisito, enlazan prontamente la rama que tocan agarrada de este modo por uno de sus innumerables lazos como pudiera por una mano, bota, arroja su tallo en linea recta echando á derecha é izquierda nuevos lazos. Trepa así hasta la punta de los árboles mas altos, á la cumbre de las casas, y ostenta en el aire sus frutos en que se acumulan y engruesan los granos en hileras cerradas.

En este estado de libertad se deja á la viña en los países cálidos. En Italia, Sicilia y Nápoles se ven álamos y otros árboles invadidos por sarmientos cargados de racimos rojos. Frecuentemente pasa la viña de un árbol á otro, y se estiene como una guirnalda que presenta sus frutos pendientes á modo de bellotas de oro. Un vástago de viña abandonado de esta suerte á sí mismo adquiere

con los años, y aun puede decirse que con los siglos, dimensiones extraordinarias. Los autores antiguos refieren cosas que no se creerian, si no pudiesen citarse hechos de nuestros dias tan extraordinarios como los que mencionan. En el palacio de Hamp Cour, cerca de Londres, se ve una cepa que ocupa ella sola una estufa entera, y que produce en años buenos más de cuatro mil racimos. En Francia, en el departamento de Gard, cerca de la aldea de Cornillon, sobre la carretera de Barjac hay una viña, cuyo tronco ha adquirido el grueso del cuerpo de un hombre, y cuyos sarmientos han invadido todas las ramas de una gran encina. Hace algunos años que produjo cerca de trescientas cincuenta botellas de vino muy sabroso.

Peró de estos ejemplos de extraordinaria fecundidad no debe inferirse que si se cultivaran las viñas cerca de los árboles, para dejar que tomasen todo su ímpetu, se lograrían siempre tan abundantes cosechas; y por otra es imposible adoptar este género de cultivo por lo difícil que sería hacer la vendimia. Las precauciones que habrían de tomarse para no quebrar las ramas impedirían que los vendimiadores tomasen las necesarias para su propia seguridad, y espondrían cada año su vida. Este peligro era conocido en tiempo de Plinio, que refiere al caso una costumbre singular. « En la Campania, dice, la viña se enlaza con el álamo, le abraza y trepa asiéndose á sus ramas hasta subir á la estremidad del árbol, y por esto los vendimiadores no se comprometen á bajar los racimos, sino bajo la condicion de que en caso de caída y de muerte el propietario quedará obligado á pagar el gasto de sus funerales. Hoy que los hombres miran más por su existencia que por sus funerales, estipularían bajo otras condiciones, y probablemente tan onerosas, que tendria mas cuenta dejar el fruto que recogerle. Así es que en Italia, donde todavia se deja á las viñas que trepan, no se permite que la altura pase de doce á quince pies, dirigiendo con precaucion los pámpanos de un árbol á otro.

No se cultiva así la viña sino en algunos puntos cálidos del mediodia, y aun esto mas por via de recreo que de utilidad. Un sábio naturalista ha propuesto no obstante que se ensaye este método, fundándose en que un pámpano que tenga en su huerto tres ó cuatro árboles grandes cargados así de pámpanos de un fruto temprano lograría una cosecha suficiente para asegurar su bebida en todo el año; pero es solo esto una opinion cuya realizacion tenemos por dudosa.

Si en los países frios se corta y se tiene la viña tan cerca del suelo, es porque se ha conocido que maduran mejor los racimos, y que menos espuestos así al viento frio de las noches, prometen una cosecha mas segura.

Ninguno de los vegetales conocidos presenta tanta variedad como la viña. Los escritores antiguos llegaron á dudar que tan imposible era conocer sus diferentes especies como contar los granos de arena del mar; pero aun siendo esta una exageracion verdaderamente poética, prueba cuando menor que se desesperaba de poder saber el número fijo de ellas. M. Bosac, sábio cultivador reunió últimamente en el pámpano de Luxemburgo mil y cuatrocientas especies diferentes. Otro no menos célebre cultivador, M. Audibert tiene cerca de Tarascon doscientas y setenta variedades, distintas completamente unas de otras por sus nombres peculiares; pero de cuya total solo cincuenta y una presentan frutos que merezcan ser buscados por los aficionados.

Uno de los puntos mas importantes para el cultivo de la viña es la eleccion del sitio, que varía segun los climas. En los países del norte debe preferirse la localidad al mediodia; en los países templados al oriente y poniente, y en los cálidos al norte. En las regiones donde el clima es algo riguroso deben plantarse en el declive de las colinas, porque los rayos del sol obran allí

mas activamente, y por igual razon se la ha de cultivar en llanuras, si se tiene un sol demasiado ardiente. Fuera de esto no es la viña muy delicada acerca de la calidad del terreno, y casi la vienen bien todos, no siendo ni enteramente lagunosos, ni totalmente áridos. Los que mas le convienen son los ligeros, areniscos y pedregosos, mas bien que húmedos, porque reflejan mejor los rayos del sol y conservan el calor por mas tiempo.

Esta planta tan importante y útil es tambien la que mas facilmente se reproduce. Para lograr una nueva cepa basta introducir un sarmiento en tierra, sin otro cuidado sino el de hacerlo de modo que quede cubierto el primer nudo, y no tardará en prender. A los cuatro años empieza á dar fruto, y el sexto en toda su plenitud. Puede reproducirse asimismo la viña por medio de semilla; pero ademas de que los vástagos que resultan necesitan dos años mas de los dichos para que fructifiquen, tiene este método el inconveniente de que produce muchas nuevas variedades, y como no puede saberse si la especie es buena ó no sino por el fruto, se espone

el dueño á perder tres ó cuatro años de expectativa. Sucederia tambien que entre las buenas especies unas serian tempranas, otras tardías, cuando la principal condicion de las viñas de un mismo plantío es la de madurar al mismo tiempo.

En muchas partes se sostienen las cepas con estacas llamadas comunmente rodrigones, poniéndoselas cuando van á brotar y quitándoselas despues de hecha la vendimia. En los jardines se la cultiva regularmente en espaldera, esto es, dejando á la viña que crezca junto á una tapia, y guiando sus sarmientos de modo que se estienda á derecha ó izquierda de la cepa. En diez á doce años puede de esta suerte cubrir un espacio de doce á quince pies, y ofrecer escelentes uvas. Está menos espuesta á los hielos que amenazan á las viñas en campo raso; y facilmente puede aumentarse el efecto de los rayos del sol, despojando mas ó menos á los ramos de sus hojas, cuya operacion debe hacerse sin embargo con mucho cuidado, porque nunca se quitan una parte de sus hojas á un árbol sino á espensas del sabor del fruto.



(La Viña.)

No es el hielo el único riesgo que tiene que correr la viña, pues la rodean otros enemigos en insectos de todas clases, abejas y pájaros. Para preservar á los racimos de sus ataques se les envuelven en unos cucaruchos de papel cuando empiezan á madurar, y con tan debíl defensa pueden desafiar á toda acometida, menos á las de los gatos, tejones y zorros. Para preservarlos de estos últimos bastará que la parva esté algo elevada: sien-

do cosa sabida que los racimos á cierta distancia les parecen siempre verdes.

No solo es apreciable la uva por sus hermosos colores, ya negros con visos azulados ó carmesí, ya rojo ó bermejo con matices dorados; sino por ser un fruto de los mas saludables y escelentes, y por su sabor agradable á todos los paladares.